

Ramón del Valle-Inclán: los condicionantes socio-políticos del hombre y de su obra

Luis Casteleiro Oliveros¹

Resumen: Ramón María del Valle-Inclán vivió en su patria sesenta y dos años de los sesenta y nueve que tenía al morir. Pocas y breves fueron sus estancias fuera de España: apenas un año en México, menos de dos en Roma y un viaje a Francia durante la Primera Guerra Mundial. En tales condiciones, es lógico que Valle-Inclán dependiera, más que otros hombres y más que otros escritores, de la sociedad en que nació.

Este artículo pretende analizar cómo actuaron sobre el escritor los condicionantes políticos y sociales de su época, y cómo respondió él en su obra y con sus actitudes vitales. Al tiempo, quiere ilustrar el estado de conciencia y el sentimiento generalizado que condujo a la sociedad española a la autonegación radical y a la Guerra Civil que estalló poco después de la muerte de Valle-Inclán.

Introducción

Ramón José Simón Valle Peña, más conocido como Ramón del Valle Inclán (1866-1936) vivió en su patria sesenta y seis años de los sesenta y nueve que tenía al morir. Pocas y breves fueron sus estancias fuera de España: apenas un año en México, menos de dos en Roma (con una interrupción por vacaciones) y un viaje a Francia durante la Primera Guerra Mundial. Esta escasez de salidas al extranjero tiene varias explicaciones, y entre ellas una de la que apenas se ha hablado: más que ningún otro español, Valle-Inclán necesitaba el aire y la sustancia nativos, no por ningún sentimentalismo, sino fundamentalmente a causa del idioma.

¹ Universidad de Oviedo

En efecto, el mismo Valle-Inclán que en las animadas tertulias de los cafés madrileños se elevaba sobre un resplandeciente festival de palabras, en cuanto pasaba el Pirineo se encogía y quedaba mustio, como una planta desarraigada. Cuenta Melchor Fernández Almagro que estando Valle-Inclán en Roma, como Director de la Academia Española de Bellas Artes, sufría de soledad y, sin embargo, prefería pasear solo, y esquivaba a los italianos deseosos de conocerle para no tener que decirles que ignoraba su idioma. ¿Era por orgullo? Puede que sí, pero también sería la tristeza de verse desamparado, balbuciente, como un mendigo, él, que poseía tesoros verbales incomparables cuando se expresaba en su lengua materna.

Para no morir, Valle-Inclán tenía que estar donde se hablase español y, quizá, precisamente, solo en España. En tales condiciones es lógico que este escritor dependiera, más que otros hombres y más que otros escritores, de la sociedad donde nació y de la que no se podía evadir sin dejar de ser.

1. La España que Valle-Inclán conoció: el marco político de una decadencia

Valle-Inclán vivió entre 1866 y 1936. Pasaron y cambiaron muchas cosas en la España de ese tiempo, pero algo esencial permaneció durante tantos años, algo que se iba a quebrar poco después de la muerte del escritor.

A los dos años de nacer Valle-Inclán fue destronada Isabel II por la Revolución de Septiembre, de signo liberal y democrático. Los vencedores - caracterizados representantes de la burguesía liberal- creían que su flanco débil era la fuerza hostil a sus ideales del clericalismo ultramontano, y por eso tuvieron

la idea de conservar el trono (el orden), si bien divorciándolo del Vaticano. Por eso hicieron rey de España a Amadeo de Saboya. La operación se frustró y, si se quiere, cabe decir que fue excedida al proclamarse la República el 11 de febrero de 1873. Duró poco: el pronunciamiento de Sagunto (27 de diciembre de 1874) restauró a los Borbones en un régimen monárquico constitucional que supo vivir medio siglo sin alterar formalmente su estatuto básico, hasta 1923, año en el que el general Primo de Rivera dio un golpe de Estado e implantó una dictadura militar contra la que Valle-Inclán iba a luchar bravamente. La caída de la dictadura fue seguida, a breve plazo, por la victoria de la Segunda República, el 14 de abril de 1931. Valle-Inclán murió bajo el régimen republicano, a seis azarosos y turbulentos meses del alzamiento militar del 18 de julio de 1936.

Por tanto, Valle-Inclán vivió toda su vida en un sistema político libre que reconocía y respetaba los derechos del hombre. Esto es verdad para el tiempo de la monarquía constitucional, pese a los eclipses parciales y a las violaciones particulares que suelen marcar los inicios de un movimiento como este. Pero incluso la misma dictadura primorriverista, de 1923 a 1930, estuvo regida por un hombre de tradición liberal que en lo más esencial no suprimió la libertad de expresión filosófica o doctrinal.

Entendemos, en suma, que sin este clima liberal Valle-Inclán no hubiera podido escribir o, al menos, publicar su obra.

Por supuesto, los condicionantes políticos no son todo, ni siquiera lo principal. Hay otras fuerzas, menos evidentes y más poderosas y determinantes de la conducta y del destino de los seres humanos, además del Estado. Se trata de

saber cómo actuaron esas fuerzas sobre el escritor y cómo respondió él en su obra.

Aquella sociedad se les aparecía a los contemporáneos de Valle-Inclán, españoles y extranjeros, como un gran fracaso en todos los planos: el económico, el cultural, el militar y el político. Casi desde el siglo XVII se venía hablando de la decadencia española y del fracaso de la nación, y el año 1898 terminó por resultar paradigmático, al ser el año del llamado “desastre colonial”, en el que España perdió sus posesiones de Las Antillas, Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas, después de una guerra en la que luchó contra los insurrectos y contra los Estados Unidos de América del Norte a muchos miles de millas de la Península y en el terreno natural de ambos adversarios. Valle-Inclán, en los esperpentos, llevó a un plano exagerado la conciencia de este proceso de ruina y frustración de una sociedad.

Es fundamental, ante todo, anotar que el fenómeno de tal decadencia se consideraba específicamente español por lo que a la civilización occidental respecta. España era vista, en efecto, como una funesta -y en ciertos aspectos inexplicable- excepción entre las sociedades occidentales, que vivían en mayor o menor medida un periodo de expectativa progresista, algo que en las grandes naciones europeas era ya un presente de éxito orgulloso.

¿Qué le sucedía a España? Valle-Inclán y el “problema español”

¿Qué le sucedía a España? Los escritores españoles de la juventud de Valle-Inclán, abrumados y avergonzados por el fracaso de su patria, daban muchas y contradictorias respuestas a esta pregunta. Si tuviéramos que responderla nosotros -desde los tiempos actuales y con la perspectiva que nos ofrece el tiempo transcurrido- diríamos que lo más característico de aquella España no era que tuviese problemas o dificultades, sino que estaba aquejada de un problema específico, a la manera de una enfermedad que atacase la esencia misma, el ser íntimo de la comunidad. Nos parece que este problema constituye, en el fondo, aunque no lo diga de manera explícita, aunque lo plantee solo raramente en forma conceptual -y siempre atribuyéndolo a sus personajes- el tema profundo de la literatura de Valle-Inclán. Esto puede parecer, tal vez, exagerado, ya que hablamos de un literato entregado al arte puro, un creador, incluso un virtuoso de la forma y, por más señas, modernista en la primera fase de su vida literaria. Sin embargo, un análisis de la sociedad en que vivió y creó Valle-Inclán -lejos de los juicios explícitos o implícitos del autor y en discordancia segura con muchos de sus contemporáneos- nos puede proporcionar nuevas e interesantes claves.

¿Qué le sucedía, entonces, a España y cómo se explica su diferencia con otras sociedades europeas? Pensamos que el sistema llamado España había adquirido ciertas características peculiares respecto a la cultura focal europea sobre todo a causa de las fijaciones guerreras y religiosas españolas, fraguadas en largas centurias de lucha contra el Islam y, posteriormente, contra las fuerzas y los ideales ascendentes de la Reforma y del capitalismo moderno que

amenazaban a la sociedad española en sus valores, desde luego, y muy vivamente en sus intereses imperiales.

Tal es lo que diferenció al sistema español de los demás sistemas sociales europeos, y de modo más concreto de los que tenían un papel de importancia en el siglo XVII. Fue una diferencia de especialización -en el caso español, militar y religiosa- que obtuvo una gran fortuna: navegaciones y conquista en Ultramar y hegemonía en Europa.

Este sistema se hundió materialmente a finales del siglo XVII: primero sufrió sucesivas crisis monetarias y una prolongada crisis económica; y después falló el supremo instrumento de su poder: el ejército. Entonces perdió la fe en sus valores, pero no la obstinación en mantenerlos, aunque sin verdad ni autenticidad, en contra de la vida. Sin embargo, una minoría directora de gran calidad concibió y emprendió una conversión total de aquella sociedad a otros valores: los de la Europa moderna. Fue la Ilustración española. Dio la oportunidad y el instrumento para esta conversión el cambio de dinastía que llevó al trono, después de una larga Guerra de Sucesión, a los monarcas de la casa de Borbón.

El filosofismo hispano tomó una forma económica, técnica, científica y administrativa, y logró modernizar el país en cuanto a sus comunicaciones, su flota de guerra y mercante, la industria y las técnicas de la época. Los marinos adquirieron, en las nuevas escuelas náuticas, una excelente formación; se crearon centros especiales para el estudio de la cirugía militar y de la ingeniería; se fundaron observatorios astronómicos, jardines botánicos y academias al gusto de la época. La población española se dobló en el curso de la centuria, y durante este

periodo es cuando se organiza el Estado moderno, con los departamentos ministeriales del tipo de los que aún subsisten. Tal vez la empresa más ambiciosa de aquel fecundo siglo XVIII español fue el intento de cambiar por medio de grandes obras de infraestructuras el condicionante básico natural del país (los desfavorables efectos de un clima demasiado seco). Las obras de regadío de la Ilustración española son grandiosas para su tiempo y algunas sobrevivieron, pero otras ocasionaron roturas de presas y grandes desastres, porque los materiales disponibles no eran adecuados para la altura de muro exigida por un régimen pluviométrico escaso e irregular que reclamaba un gran almacenamiento de agua. También se terminaron canales como el que regaba la huerta de Zaragoza. Precisamente hacía poco que había sido concluida esta obra cuando sobrevino la invasión napoleónica, y los excepcionales recursos del regadío quizá hayan tenido influencia en la capacidad de Zaragoza para resistir, en dos sitios duros y largos, el embate de las tropas de Napoleón. Pero lo cierto es que a pesar de las brillantes realizaciones -en lo material y económico las mayores de la España de su tiempo- el sistema, a fines de la centuria, acusaba signos de degradación política y de escasa eficacia militar.

Precisamente, el golpe napoleónico tuvo consecuencias decisivas para el nuevo sistema y para la suerte ulterior del país. Es un dato de suma importancia para comprender la sociedad de Valle-Inclán y también las respuestas que el escritor dio, a través de sus obras y de su vida, a esa misma sociedad. La invasión francesa acabó con el prestigio, ya mermado, de la élite ilustrada gobernante y en parte la precipitó de vuelta a las tradiciones del sistema periclitado del siglo XVII. El pueblo, por su parte, nunca acabó de integrarse en el nuevo sistema y, dejado a

sus reacciones espontáneas, se levantó contra los invasores, se echó materialmente al campo y al monte, y en esta aventura (en ciertos aspectos, semejante a una especie de liberación de las constricciones de la cultura) evocó los monstruos enterrados de épocas primitivas. El primitivismo eruptivo triunfó sobre las culturas formales y académicas hasta el punto de acabar imponiéndose a la sociedad española en forma de un popularismo castizo.

Así, durante el siglo XIX, con ese clima de erupción del primitivismo, se importaron de Francia y de Inglaterra las fórmulas políticas liberales, democráticas y, finalmente, las diversas ideas socialistas. El efecto fue detonante. Estallaron una tras otra tres guerras civiles sumamente cruentas, con pretexto dinástico y enunciados ideológicos formales que no expresaban toda la profundidad y el contenido de las fuerzas que movían aquella tragedia. La victoria formal del liberalismo le dio al país su estructura política externa durante muchos años, durante toda la vida de Valle-Inclán, que no conoció otra cosa.

Pero aquellas fórmulas les parecían inauténticas a los contemporáneos y no impedían una peculiar incomodidad de las conciencias; más bien, les hacían pensar (como lo harían los escritores del 98) que había otra España mejor, esencial y oculta, donde residían las virtudes de la “raza”. Lo que verdaderamente existía era una sociedad desintegrada, pues había perdido, desde dos siglos antes, su núcleo de integración, en otro tiempo formidablemente definido que aseguraba cohesión y sentido a la comunidad.

La verdad no era que existiese ninguna España “eterna” o de algún modo distinta de la que se veía. Pero la España que se veía, la única real, no había llegado a fraguar, se había roto en su proceso de consolidación y estaba formada

por piezas incongruentes y asistemáticas, lo que vale tanto como decir contradictorias. Así, subsistían instituciones y fijaciones, muy fuertes aún, que procedían del viejo sistema desintegrado del siglo XVII, pero que, en los nuevos tiempos, carecían de sentido.

Valle-Inclán, antes de convertirse a un cierto nihilismo de vitola revolucionaria, anarquista, más o menos entre los años 1916 y 1936, fue seducido por estas voces del pasado que, sin duda, no carecían de encantamiento.

Así pues, en aquella sociedad convivían -haciéndose mutua violencia- la Ilustración del XVIII, el Liberalismo, la Revolución Industrial y la reacción del siglo XX. En síntesis: la España moderna no llegó a fraguar y sufrió un golpe violento con la invasión napoleónica; por ello, podríamos decir que la España de Valle-Inclán es un aborto de la empresa felizmente acometida por la Ilustración en el siglo XVIII.

Esta mezcolanza conflictual es lo que dio a España su extraña fisonomía, su diferencia, sus famosos contrastes; por eso España ha desalentado todos los intentos de reducir su ser a una síntesis. Este es el fondo verdadero del llamado “problema español”; España tenía un problema relativo a su ser porque era la única sociedad europea desintegrada.

Valle-Inclán no logró nunca comprender esta realidad. Por eso apenas sí tuvo ojos para los valores y las fuerzas vivas de la sociedad a que pertenecía, fuerzas revolucionarias y también reaccionarias, y ambas populares. Solo vio la mascarada, el fracaso, y convirtió a ese mundo en una farsa grotesca a cuyos protagonistas deshumanizó en un divino desprecio. La serie de los esperpentos y la trilogía del “Ruedo ibérico” -*La corte de los milagros, Viva mi dueño y Baza de*

espadas- son la respuesta de un escritor de genio, con poderosas dotes expresivas y de creación artística, a una sociedad desintegrada. Valle-Inclán creyó que aquel fenómeno histórico de la desintegración era algo así como una tara constitucional de la raza, y esta idea le llevó a conclusiones falaces y a una ceguera deliberada para los valores, en verdad magníficos, de esa misma comunidad que, para un artista, deberían tener una presencia clamorosa.

Sin embargo, antes de llegar a este extremo nihilista, Valle-Inclán buscó la solución del “problema español” por la vía arcaizante de la tradición y el carlismo. Había, para él, en esta primera época, dos Españas: la tradicional, cuyos valores habían hecho la grandeza de la sociedad hispana; y la falsa y ridícula del liberalismo de Madrid.

La revolución industrial y social

En la falsa y ridícula España del liberalismo registra Valle-Inclán la aparición de la burguesía moderna, pero no ve en ella ninguna fuerza creadora y rectora superior. La confunde con la canalla adinerada que hubiera ahorcado el hidalgo don Juan Manuel Montenegro en su robledal de Lantañón (“ralea de criados que llegan a amos”²).

Pero con independencia de estas percepciones de Valle, había ya unos hombres que estaban realizando en España la revolución industrial y otros que dedicaban sus vidas a la revolución social. De unos y otros tenemos que hablar aquí.

² Valle-Inclán, R. del. (1908). *Los cruzados de la causa*. Barcelona: Círculo de lectores. págs. 157-158.

No puede decirse que la revolución industrial hubiera sufrido en España un notable retraso, a pesar de las guerras civiles y de otros factores sociales y políticos adversos. Así, España tenía a fines del siglo XVIII lo que se califica como segunda industria algodonera de Europa, e introduce el telar mecánico y la máquina de vapor muy tempranamente. También, en la misma centuria, se implantan numerosas industrias, a menudo por iniciativa del Gobierno, tales como porcelana, armas, artefactos para la marina, textiles y otras que, en no pocos casos, fueron destruidas en la guerra napoleónica de 1808 a 1814. En 1791 empiezan a producir, utilizando carbón vegetal, los hornos altos de Sargadelos, en Galicia, cuyo propietario era un gran industrial de la época, Antonio Raimundo Ibáñez, de modesto origen y a quien el Rey hizo Marqués de Sargadelos. Ibáñez era ilustrado y sostuvo una interesante correspondencia con Jovellanos acerca de las posibilidades y dificultades del carbón de piedra en la siderurgia. El paso a la siderurgia moderna se da entre 1832 y 1849 en Marbella, Huelva, Sevilla, Bilbao, Trubia y Mieres (estos dos últimos lugares, en el Principado de Asturias); pero finalmente donde arraiga es en Asturias y en Bilbao. La primera fábrica asturiana moderna de acero data de 1844 y fue visitada por la reina María Cristina en 1852. En Vizcaya se inicia con la fábrica de Balueta (1841) y continúa con la Sociedad de Altos Hornos de Vizcaya, que se mantuvo operativa hasta julio de 1996. Por otro lado, la electricidad industrial aparece en España en la década de los setenta del siglo XIX y en 1880 ya se fabrica maquinaria eléctrica, no más tarde que en otros países. Automóviles (entre otros de la famosa marca Hispano-Suiza) se construyen desde fines del siglo XIX; y aviones, en los años veinte del siglo pasado. En cuanto a las técnicas, no puede olvidarse que el

Cuerpo de Ingenieros de Caminos se había creado ya en 1799 y que existía una Escuela de Ingenieros de Minas en el México virreinal.

Hubo un tiempo de relativa prosperidad bajo la Restauración, de 1877 a 1886, a pesar de ser una etapa librecambista que liquidó no pocas actividades industriales. Esta etapa fue un efecto de inversiones extranjeras en las minas -a su vez origen de un saqueo de recursos naturales- y de otras circunstancias externas, como la exportación de vinos a causa de los estragos de la filoxera en Francia. En la década de los noventa de ese siglo XIX se vuelve al proteccionismo (deseado a la vez por los intereses trigueros y los industriales). La pérdida de las colonias tuvo un efecto positivo en cuanto se atribuye a los capitales repatriados de Cuba y Filipinas el desarrollo de los primeros años del siglo XX, que se considera la época del despegue español, situado entre 1900 y 1912.

A este despegue de la primera década del siglo pasado sigue el desarrollo de los años de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), al amparo de la neutralidad del país, y en la posguerra, cuya culminación se sitúa en 1929, para sufrir un descenso ulterior a causa de la crisis mundial y de las crisis políticas y sociales españolas. La República vivió, precisamente, para su mala fortuna, en este periodo de particulares dificultades en el mundo entero, a las que, no cabe duda, añadió las propias; sus programas de reforma agraria y de expansión industrial y grandes regadíos (entre ellos el trasvase de las aguas de la vertiente atlántica a la del Mediterráneo, cuyo proyecto hizo el ingeniero Lorenzo Pardo) se frustraron en la agitación de los años treinta y en la Guerra Civil de 1936-1939.

Tras este apretado repaso histórico, debemos referirnos a algunos hechos sustanciales que marcaron el tiempo en que vivió Valle-Inclán. Así, durante su

vida se produjo la expansión del trigo (España, contra lo que suele creerse, fue antes un país ganadero, solo mediocrementemente agrícola) situándose la producción alrededor de los 40 millones de quintales, cifra suficiente para el consumo interno; y la falta de azúcar ultramarino desarrolló el cultivo de la remolacha y la industria azucarera. La conversión del cultivo de la naranja, que pasó de ser una especie jardinera apenas objeto de comercio a producto de exportación, data de la vida del escritor. Y también la pesca oceánica a distancia -especialmente la de Gran Sol-, hecho de importantes consecuencias para el país y, en particular, para Vigo y para la región natal de Valle-Inclán. Asimismo, durante la vida del escritor gallego se llevó a cabo una transformación decisiva de la infraestructura española, especialmente en cuanto a vías de comunicación; la red ferroviaria tenía ya en los tiempos de la madurez de Valle-Inclán una importante extensión (alrededor de los veinte mil kilómetros), aunque se hubiese iniciado la construcción con retraso respecto a otros países europeos, pues el primer tramo se puso en explotación en 1848. En tiempo de Carlos III se construyeron algunas buenas carreteras, pero la red actual puede decirse que se inició poco antes del nacimiento de nuestro escritor y había alcanzado una extensión de ochenta mil kilómetros a su muerte³.

Los ferrocarriles españoles fueron iniciados por empresas nacionales que también pusieron el germen de la Revolución Industrial, pero después las obras, y también las empresas mayores, pasaron con mucha frecuencia a manos de extranjeros. No obstante, lo cierto es que el capital extranjero no se sintió

³ Es de notar que siendo España un país de dilatados macizos de montañas, muchas de ellas despobladas, no hay, sin embargo, ningún punto que esté a más de veinte kilómetros de una carretera. Buena, regular o mala según los periodos (en 1930 la prensa británica la considera como la mejor del mundo, según Salvador de Madariaga).

especialmente atraído por la inversión en España y, tal vez por eso, no se suscitaron tampoco reacciones nacionalistas; a menudo los empresarios extranjeros se nacionalizaron enteramente y sus descendientes figuraron por mucho tiempo en los negocios. El capital extranjero acudió primero a las minas: Rothschild arrendó en 1845 las de cinabrio en Almadén; intereses ingleses adquirieron las minas de Tharsis (cobre) y The Orconera Iron One; Peñarroya, francesa, explotó el plomo en el sur, y la Real Compañía Asturiana (belga) extrajo y benefició el cinc en el norte. También entraron capitales extranjeros en la siderurgia para desentenderse después de estas inversiones (en 1936 solo quedaba capital extranjero en la siderúrgica Nueva Montaña, belga, luego adquirida por intereses españoles). El peso proporcional del capital extranjero disminuyó mucho a partir de 1914, y en 1936, a la muerte de Valle, subsistía en las minas mencionadas (excepto Almadén, recuperada por el Estado), y también habían iniciado su penetración los capitales norteamericanos, vinculados inicialmente a la Compañía de Teléfonos y a la fabricación de otros equipos eléctricos. Los ferrocarriles habían pasado a manos de los bancos españoles que, por lo demás, hicieron considerables inversiones en la fabricación de material ferroviario y en la electricidad. Finalmente, este capitalismo bancario español hizo una excursión al exterior, en la época de Primo de Rivera, al comprar pozos de petróleo en Venezuela en relación con el monopolio por el Estado de la distribución de este carburante (a este efecto construyó la primera flota europea petrolera no perteneciente a las grandes compañías mundiales), todo lo cual contribuyó ciertamente a la caída del dictador.

Tal vez parezcan estos hechos más positivos de lo que es habitual reconocer. Son verdaderos, pero concurrían -de ahí la simultánea validez de juicios aparentemente contradictorios- con graves lacras: contraste entre zonas desarrolladas y otras atrasadas, latifundio con salarios muy bajos en muchos lugares, minifundio con pobreza e ignorancia, un sistema fiscal a la medida de los más poderosos, caciquismo y, en fin, dominio de una oligarquía feroz, ciega e intolerante en la defensa de sus intereses, capaz de las represiones más impías, a menudo sin noción de un deber hacia el pueblo ni tampoco hacia el país.

¿En qué medida se reflejan estas realidades en la obra de Valle-Inclán?

Cierto es que esa importante red se construyó en vida de Valle-Inclán, si bien hay casi la convicción absoluta, en unos y otros, de que fue época estéril, de guerras civiles y apatía. Este juicio no concuerda con los datos reales y parece necesario registrarlo así.

La protesta contra el sistema es evidente; la denuncia de la oligarquía y de las lacras que sufre la comunidad se hace a través de cuadros pictóricos y caricaturas esperpénticas. La trama económica no es visible sino de soslayo y, ocasionalmente, como un encuentro fortuito, pero sí la estratificación de las clases sociales. La literatura solo puede captar estas realidades a través de la conciencia general, y la conciencia general, respecto a su propio ser y a su historia, era oscura en España. Valle alude alguna vez a los tejidos catalanes en el tono despectivo entonces habitual en muchos escritores y en el público; sin embargo, en Baza de espadas presenta a un gran financiero de la época de Isabel

II: José de Salamanca y Mayol. El banquero está, en aquel año revolucionario de 1868, velado por el humo de su puro, con “un remolino de moscas en disputa sobre la luna de la calva”, la pechera con pedrerías, cadena, dijes, amplio bostezo, el resollar asmático...; literalmente, “toda la vitola del banquero se resolvía en hipérboles de su caja de caudales”. Contrasta este retrato con el que hace el Conde de Romanones en una biografía titulada *Salamanca, conquistador de riqueza, gran señor*⁴. No entraremos en detalles de la personalidad de este financiero del siglo XX y solo haremos una rápida referencia a los hechos: ganó una enorme fortuna, inicialmente con contratas públicas; más tarde operó en gran escala como prestamista de Hacienda y como gestor de empréstitos exteriores para el Estado. Finalmente, se lanzó a construir y explotar ferrocarriles no solo en España sino en otros países europeos y, particularmente, en Italia. Construyó, también, el canal del Duero para navegación y energía hidráulica, aprovechada por fábricas de harinas; amplió y modernizó Madrid con el barrio que lleva su nombre; se arruinó varias veces, la primera justamente poco después del momento en que Valle-Inclán lo describe, y se recuperó una y otra vez. Es un ejemplar notable de gran financiero y empresario capitalista en una sociedad cuyas características no eran del todo propicias a este tipo humano.

2. La sociedad española en tiempos de Valle-Inclán

La sociedad española ha sido siempre, desde el colapso de fines del siglo XVII, un rompecabezas de piezas sueltas y revueltas de cualquier manera.

⁴ Figueroa y Torres, Álvaro de (1931). *Salamanca, conquistador de riqueza, gran señor*. Madrid: Espasa-Calpe. serie «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX». n.º 14.

Refiriéndonos a la situación en el siglo XIX, que vio nacer a Valle-Inclán, diremos que atendiendo a la estratificación de las clases el escalón superior correspondería a la nobleza terrateniente y a los terratenientes en general, sobre todo los andaluces; parte de este grupo procedía de la Reconquista, y sus propiedades eran repartimientos reales en pago de servicios a la Corona. A este grupo antiguo, con el prestigio de la tradición, se incorporaron los burgueses que, al producirse la desamortización de los bienes de los frailes en el segundo tercio del siglo XIX, acudieron a comprarlos arrostrando la excomunión y todo lo demás. Esta clase burguesa terrateniente fue la que sostuvo a los partidos liberales durante todo el siglo XIX por miedo a tener que rendir cuentas en el caso de que triunfase la ideología tradicionalista y, concretamente, carlista. Después, obtenido el perdón de Roma, estos burgueses se convirtieron a la ideología tradicional y su influencia fue grande en el estallido y desarrollo de la Guerra Civil española. Junto con tales burgueses agrarios hay que anotar a los mayordomos y administradores de las casas nobles que consiguieron hacerse con las tierras de sus amos (de este género tenemos una muestra en Don Segis, el administrador del Marqués de Torre Mellada, de La corte de los milagros). Al mismo nivel social está la gran burguesía de la banca y de la industria (el comercio no gozó de tanta estimación). Este grupo, en España, se fundió prácticamente con el primero o se mezcló o introdujo en él por sí mismo (existe de antiguo una nobleza de origen industrial) o mediante la banca; en España, la banca y la oligarquía agraria, en efecto, tuvieron no pocas conexiones y la influencia política y social de ambas fue pareja y, en ciertos aspectos, lo mismo. En suma: se hace difícil distinguir entre uno y otro grupo de la clase dominante.

Veamos ahora lo que sucede con la clase media española: durante el siglo XIX apoyó, en general, los movimientos liberales; en la última guerra civil, estuvo con Franco. Se ha inducido de tal historia que la clase media no existía o que era débil. No es verdad. Existía y no era tan débil, pero presenta rasgos particulares en España o los presentaba, para ser exactos, en 1936: el grupo intelectual, filosóficamente emancipado, demócrata o socialista, contrastaba con una masa apegada -en el fondo y a la hora de las elecciones vitales- a la sociedad tradicional o tendente a sentir con la oligarquía. Era una clase dispuesta a servir a los señores, y en este papel “samurái” decidió en gran medida el resultado de la guerra, al suministrar a los vencedores un buen cuerpo de oficiales, de mandos medios, de los que careció el ejército republicano, no asistido por el grueso de la clase media.

Viene, después, en el orden que hemos adoptado -en modo alguno de validez absoluta-, el proletariado, clase social de primera importancia en la historia española del último siglo y medio. Si bien el proletariado no sentía ningún entusiasmo por la República ni por ninguna forma “burguesa” de gobierno, en 1936 se lanzó a la lucha contra el Ejército, y al proletariado se debe, en no pocas ciudades y desde luego en el conjunto del país -sin ignorar el concurso de la fuerza pública republicana- la victoria en las calles que caracterizó la primera fase de la guerra.

El socialismo entró en España durante la primera mitad del siglo XIX en las versiones de Louis Blanc, Proudhon, Owen, Lassalle... En el decenio que precedió a la Revolución de Septiembre de 1868 había una fuerza obrera que, en 1861, pudo ir a una insurrección campesina, en Córdoba, aplastada por el Ejército.

Después del triunfo liberal de septiembre de 1868, dos personajes del “Ruedo Ibérico” de Valle-Inclán -Paul y Angulo; y Fermín Salvochea- se pusieron al frente de un gran movimiento campesino, también en Andalucía, que levantó en armas nada menos que a 40.000 hombres⁵. Nuevamente, el ejército liquidó este intento de revolución social. Durante el reinado de Amadeo de Saboya y la Primera República, según afirma Díaz del Moral, España era un inmenso campo de batalla entre obreros y burgueses.

Bajo la Restauración, el proletariado se organiza en asociaciones con nombres que expresan la avidez de cultura de los trabajadores anarquistas de siglo XIX, unida a los propósitos más inmediatos de lucha social: Nueva Aurora, El Despertar, La Luz, El Porvenir, La Fraternidad, Instrucción y Lucha... Aquellos catecúmenos del evangelio ácrata editaban periódicos con títulos como *Cultura y Acción*, pero también *El Rebelde* e incluso *El Corsario*, *La Anarquía* o *Solidaridad Obrera*. Se leía abundantemente a los maestros y “profetas” extranjeros: Bakunin, Kropotkin, Reclus, Malato, Malatesta, Faure, Grave... y a los españoles: Anselmo Lorenzo, Federico Urales, Soledad Gustavo y otros, entonces famosos. La conquista del pan, de Kropotkin, era el libro de más autoridad, pero no llegaba a la popularidad de *Las ruinas de Palmira*, de Volney, que se encontraba en todos los armarios de todos los círculos republicanos y de todas las sociedades ácratas.

El anarquismo español pasó la mar, en sus emigraciones, e influyó no poco en las repúblicas hispanoamericanas. Fue un gran movimiento que cuando se organizó en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), cuyos sindicatos

⁵ Información procedente del libro de Díaz del Moral, Juan. (1967). *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas (antecedentes para una reforma agraria)*. Madrid: Alianza Editorial.

estaban manejados a menudo por elementos de pistola y acción de la FAI (Federación Anarquista Ibérica), reunió a millones de afiliados. Sin embargo, los resultados de la acción de este sector del proletariado español, a la postre, resultaron negativos, pues careció de estrategia (prodigaba la huelga general, hacía uso de una violencia sin claro sentido, apelando en ocasiones al crimen...). Llegó a hacerse dueño, algunas veces, de parte del país, pero su misma ideología le impedía el establecimiento de un aparato regular de administración, sostenida por la compulsión. En consecuencia, sus acciones solo podían desencadenar efectos de respuesta negativa, es decir, efectos reaccionarios. Y así sucedió. Es significativo, a este respecto, que un exanarquista, Helenio Saña, escriba estas palabras: “Exactamente, el anarquismo español significa una de las últimas secuencias de nuestro proceso de involución histórica, forma parte esencial de nuestra decadencia como nación”⁶.

Lo que Helenio Saña indica es que el anarquismo español ha sido una expresión más de la sociedad desintegrada. Ciertamente: en una sociedad desintegrada la gente tiende a refugiar su esperanza en ideas absolutas de salvación, tradicionalistas o revolucionarias. Por lo demás, la idea anarquista, por su propia índole, determinaba efectos de carácter muy desintegrante. Así, era muy lógico que los anarquistas no participaran en las elecciones, pues rechazaban el Estado; pero era inevitable también que al no participar en las elecciones (secesión electoral radical) diesen el triunfo a las fuerzas conservadoras y reaccionarias y a quienes reprimían los movimientos ácratas; de ahí que -esta vez no era la lógica de los principios sino la de los hechos- acaso para sacar de la cárcel a sus presos,

⁶ Saña, Helenio. (1968, Diciembre). *El anarquismo en España*. Índice, n.º 238.

los anarquistas se volcasen en las urnas y llevasen al poder a las izquierdas para sublevarse poco después contra ellas y acabar por desacreditarlas.

El socialismo marxista, posterior al anarquismo, tuvo un gran apóstol en Pablo Iglesias, afiliado a la Internacional desde 1870. El socialismo se manifestó más sereno y racional, en su técnica, que los anarquistas y los mismos republicanos. En 1936, cuando murió Valle-Inclán, era el primer partido político de la República y de España.

Está claro que, en la sociedad desintegrada, fuerzas llenas de vida y de salud moral, como el anarquismo y el socialismo, pueden contribuir al efecto general de desintegración, como todo cuanto inyecta energía al sistema sin dotarlo de un objetivo general y de una conciencia de conservación del grupo. A la postre, estas poderosas organizaciones obreras y sus valientes y generosas empresas solo sirvieron para ofrecerle a la oligarquía una buena coartada que le permitió presentarse como salvadora de la patria y de la religión.

En cambio, hay un campo en que los resultados fueron sin duda positivos (incluso aunque fuesen, también -como tal vez sea inevitable- desintegradores): nos referimos al florecimiento de la cultura española en esta época que pudo ser llamada la Edad de Plata de España.

¿Cuál fue la respuesta de Valle-Inclán a esta sociedad española?

Hemos visto que la primera respuesta del escritor consistió en evadirse. Le disgustaba aquella sociedad no solo por sus insuficiencias y fracasos, sino también, sobre todo, en la medida en que era eficaz y moderna. Es el periodo arcaizante de Valle. Sirva de ejemplo el áureo poema del tradicionalismo

valleinclanesco, Voces de gesta, donde se cantan las aventuras -por tierras de una Castilla que se parece a la Navarra pirenaica- de un rey fugitivo, bajo la protección de un pueblo de pastores noble, digno y del más elegante estilo:

Sin lengua memoria

no hay reino ni Historia

ni claro linaje.

A mi parecer

sólo a la mujer

el tiempo hace ultraje.

En este país la tradición gobierna felizmente los entendimientos y los corazones:

Bajo nuestro roble, estando en conciertos

se oyeron las voces de los reyes muertos

Tal y como afirma Melchor Fernández Almagro, “El tradicionalismo había revestido en España formas marciales y romancescas muy acordes con el sentido autocrático y heroico que Valle-Inclán alentara siempre”⁷. Parece ser que la crisis o conversión ideológica de Valle-Inclán a un peculiar izquierdismo se produce en los años de la Primera Guerra Mundial y, sin embargo, aún en 1915 se le ocurre solicitar del Ministerio de Gracia y Justicia la rehabilitación a su favor de los títulos de marqués del Valle, vizconde de Vieixín, señor de Caramiñal... ¿Era una broma? La solicitud fue seriamente desestimada porque el postulante no adujo

⁷ Fernández Almagro, Melchor. (1943). *Vida y literatura de Valle-Inclán*. Madrid: Editora Nacional. pág. 129.

ninguna prueba. Esto se mantendría en el campo de la estética modernista o del gusto o el capricho de un artista a no ser porque Valle-Inclán, además, militó efectivamente en el partido carlista y sus correligionarios le indujeron a hacer declaraciones como aquellas aparecidas en *El Correo Español* del 11 de noviembre de 1911: Valle-Inclán, ante las huelgas, se pronuncia por el orden y lamenta que “al obrero le hayan hecho perder la esperanza en algo que estaba sobre él”; y además recomienda la “caridad” para mitigar la lucha social, lo que parecerá increíble conformismo en el autor de los esperpentos. Sin embargo, pronto aparecería en sus escritos -por ejemplo, en las crónicas que publicó a la vuelta de Francia en *El Imparcial* (octubre-diciembre de 1916)- un matiz antimonárquico congruente con su posición al lado de las potencias aliadas y en discordancia con la gran mayoría de sus correligionarios carlistas. En los esperpentos se hará explícita una actitud revolucionaria o subversiva puesta en boca de personajes como Max Estrella, de *Luces de Bohemia*: “El ideal revolucionario tiene que ser la destrucción de la riqueza, como en Rusia. No es suficiente la degollación de todos los ricos. Siempre aparecerá un heredero, y aun cuando se suprima la herencia, no podrá evitarse que los despojados conspiren para recobrarla”⁸. La época del esperpento es un ataque a fondo, pero no ya contra un régimen, ni siquiera contra un determinado sistema social: el ataque va contra el grupo mismo y es, por así decirlo, incondicional. No concede ningún título de redención, ni siquiera a los hombres reales y concretos que forman aquel grupo. El mismo Max Estrella expresa, en una frase, esta condenación: “Los ricos y los pobres, la barbarie ibérica es unánime. Mateo, ¿dónde está la bomba que destripe el terrón maldito

⁸ Valle-Inclán, R. del. (1987). *Luces de bohemia*. Madrid: Espasa-Calpe, escena sexta.

de España?”⁹. Los personajes, digamos, oficiales, de sus formidables farsas y novelas esperpénticas son siempre muñecos, seres huecos, empezando por el rey y la reina, y el mundo en que se mueven es falso oropel, ridículo o sórdida ruina: “La Majestad de Isabel II, pomposa, fondona, bombona, campeando sobre los erguidos chapines (...)”¹⁰y, entre tanto, el rey consorte “hacía chifles de faldero al flanco opulento de la reina”¹¹. La caricatura implacable que hace de Alfonso XIII en *La hija del capitán* -uno de los más brillantes panfletos políticos de la literatura española- es de una agresividad terrible, y más aún la osada dedicatoria de la *Farsa y licencia de la reina castiza*, uno de los insultos más feroces infligidos a un monarca reinante¹². Y el autor se vuelve también contra el ejército, porque *Los cuernos de Don Friolera* es, en uno de sus aspectos, un libelo antimilitarista.

Hasta aquí podría tratarse de una ofensiva contra el régimen español y contra determinadas clases de la sociedad española. Pero no nos engañemos: el pueblo y sus tipos representativos pasan por el mismo tratamiento y son objeto de un incondicional desprecio, incluso con insinuaciones racistas. Sin embargo, por estériles que fuesen las luchas del siglo XIX, como hombres, sus protagonistas fueron a menudo, por lo menos, dignos de respeto. Parece salvarse una figura de revolucionario; nos referimos a Fermín Salvochea, el revolucionario andaluz antes citado, a quien el novelista nos presenta en *Baza de espadas* a bordo de un vapor que se dirige de Gibraltar a Londres, en vísperas de la Revolución de Septiembre de 1868. Salvochea va en compañía de su maestro Bakunin, a quien Valle trata

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Valle-Inclán, R. del. (1927). *La corte de los milagros*. Madrid: Rivadeneyra. libro segundo.

¹¹ *Ibid.*

¹² La dedicatoria decía: “Señor: tengo el honor de enviaros este libro, estilización del reinado de vuestra abuela, Doña Isabel II, y hago votos porque el vuestro no sugiera la misma estilización a los poetas del porvenir”.

con una ternura no exenta de burla (el gigante eslavo se guarda disimuladamente la petaca de tabaco de un chulo español tocador de guitarra). Es un testimonio de que Valle-Inclán pensaba adentrar su narrativa en el movimiento proletario mediante las sucesivas y ya proyectadas obras de la serie del “Ruedo Ibérico”. Por lo demás, hay una alusión al movimiento revolucionario campesino andaluz en un comentario del Marqués de Torre Mellada, quien alberga en sus tierras a bandidos secuestradores porque los considera un mal menor, un exutorio de las presiones sociales del campo, y también porque los golpes de los forajidos se dirigen, al parecer, no contra la aristocracia feudal sino contra los ricos de las ciudades, es decir, los burgueses. Cualquier luz humana y benévola es rara en los esperpentos. En general, casi siempre, los personajes -reaccionarios o progresistas, altos o bajos- son una ralea grotesca y perdida, sin ningún valor. Valle-Inclán acomete siempre, por de pronto, contra el mismo enemigo: la sociedad burguesa, liberal, capitalista. Es siempre su verdadero enemigo, y la bombardea, primero, desde el campo carlista, desde una concepción tradicionalista ideal; después, desde un inconformismo radical que, sin afiliación ni comunión, le llevó aparentemente al campo de la izquierda en las últimas décadas de su vida. Valle-Inclán sufre un desencanto de sus ilusiones arcaizantes y así llega a atacar a su antiguo rey, Carlos VII, incorporándolo finalmente, con todo su atuendo de soberano antiguo, a la comparsa esperpéntica. Los ídolos carlistas, un tiempo reverenciados, van a la hoguera donde arde todo.

Pero, ¿qué es lo que arde? No se ha advertido suficientemente que Valle-Inclán no ha sido un nihilista universal. Ni siquiera fue nunca un izquierdista; era un nihilista solo con referencia a España. Frente a las naciones prestigiosas de

Europa -incluso en su versión fascista- mantenía una actitud de fe, dando por supuesto que no hay nada o casi nada negativo en esas sociedades, auténticas, serias, verdaderas: es la disposición más común entre los españoles.

Valle-Inclán condenó únicamente a la sociedad española: a toda posible sociedad española, no a una forma determinada de sociedad. Por eso no podía ser un revolucionario, porque el revolucionario tiene elementos comunes con la sociedad que se propone destruir; pero Valle-Inclán, en la época de los esperpentos, en los mismos esperpentos, lo ataca todo, aunque solo con referencia a España. En realidad, va más allá, más hondamente que lo social, con su formidable sátira, y pronuncia la negación no solo de España sino de los mismos españoles. Por definición, solo él mismo se salva de la quema, porque él era el observador necesario y ajeno, el que estaba sobre el espectáculo, al modo de los dioses suspendidos entre cielo y tierra.

El éxito popular de Valle-Inclán se debe a que supo interpretar, dar forma y verbo, a un sentimiento generalizado en la sociedad desintegrada. Eran muchos -diríamos que en cierta manera eran todos- los españoles que sentían de la misma manera respecto a su comunidad nacional, aunque a veces dijese lo contrario o se refugiasen en pomposas frases. Valle-Inclán, que primero se había evadido a un mundo arcaizante y había vuelto desilusionado para entregarse al nihilismo, supo interpretar estas actitudes, a veces oscuras, a veces explícitas. Es el gran poeta y revelador de la desintegración y de la sociedad desintegrada y condenada.

Esto ha sido Valle-Inclán, y su mensaje fue comprendido porque no hacía otra cosa que traducir en geniales palabras el drama interior de cada español, que por un lado se sentía y estaba firmemente integrado en el mundo, lleno de fe en

los valores occidentales, en la religión católica o en el credo del progreso y, por otro, se consideraba frustrado y traicionado, humillado por una sociedad nacional a cuya cuenta cargaba sus fallos, insuficiencias y fracasos personales. Como el propio Valle-Inclán, el español común condenaba al grupo social y se salvaba él mismo en cuanto individuo y persona; de ahí esa extraña mezcla de soberbia y sentimiento de inferioridad, exaltación arrogante y autodesprecio, exigencia intransigente de ser el primero y compararse solo con los mejores o derrumbarse en la nada y sentirse relegado al último lugar de los últimos; de ahí, en definitiva, esa insensata alternativa de todo o nada. Pero en tal alternativa flotaba siempre, incólume, lo más importante: el hombre individuo, el español desolidarizado de sus compatriotas, excepción feliz en la general ruina.

Se daba el caso -y es un dato de suma importancia- que aquella sociedad, con todo, no era lo que su intérprete creía, y con él -hemos dicho- la mayoría de los españoles capaces de pensar o, al menos, de sentir. En efecto, había en ella no pocos contenidos valiosos y positivos, materiales y culturales, como es obvio y como ejemplariza el mismo Valle-Inclán, que fue un gran escritor entre otros grandes escritores contemporáneos de España, algunos geniales. Ahora bien: si esta autonegación total se hubiera dado en una sociedad que realmente fuese estéril, en una sociedad estancada, sin capacidad de desarrollo, material y culturalmente infecunda, no habría pasado nada malo. Se trataría de una información correcta y válida, susceptible de consecuencias útiles y regeneradoras. Pero en el caso de la España de 1936, fecha de la muerte del escritor, aquel estado de conciencia, que los esperpentos de Valle-Inclán

revelaron tan eficazmente, actuó como un explosivo más, vino en ayuda de todas las potencias destructoras del grupo, de derecha y de izquierda.

La verdad era que España había acumulado muchas fuerzas nuevas de todas clases: fuerzas económicas, técnicas, recursos intelectuales... La renta se había elevado notablemente desde el siglo XIX y el progreso de la Universidad y de las minorías intelectuales estaba dando frutos evidentes. Por tanto, era muy peligroso estimular más aún la negatividad nihilista en aquella sociedad en crecimiento que trataba de buscar un núcleo de integración tanteando a ciegas.

Y así estallo la guerra de 1936. Pero cabe aducir, con razón, que no fue Valle-Inclán ni fueron los escritores quienes llevaron el país a la guerra civil. Naturalmente que no. La literatura no es tan poderosa y las causas de aquella contienda fueron muchas y muy complejas, y, entre ellas, la principal fue la resistencia de la sociedad tradicional ante el cambio político y económico de sentido progresista. Pero la autonegación radical es indudable que lubricó, producido el conflicto, el ímpetu destructor de vidas y de bienes. Una desvalorización incondicional hacía más fácil desentenderse de las heridas y los males infligidos a España, que parecía no importar mucho, como cosa despreciable.

Por eso mismo, porque la negación no se refería al mundo y al hombre sino a España y a los españoles, aquella guerra colocó a los combatientes en una disposición ingenua y natural -que se interpretó como generoso idealismo universalista y abnegación- para desentenderse de su propia comunidad y afirmar valores precisamente universales, salvándose de este modo en ellos. Fue una actitud que conmovió al mundo. Y el mundo lo agradeció en una gran efusión de

amor a España (antes y después despreciada), que ardía, iluminando con el resplandor de su sacrificio las vías del futuro. En realidad estaba quemando en la pira lo que no estimaba, empezando por la vida de los hombres concretos, tan valiosa para cada cual como despreciable en términos sociales. Nada valía nada. Fue un gran esperpento.